

CIENCIA Y CULTURA

1.- Muchas veces se ha querido oponer la ciencia a la cultura. **La** verdad es **que** *no se oponen, sino que la ciencia es parte Integrante de la cultura.*

*El conocimiento científico, en la acepción moderna de esta palabra, se dirige a esclarecer el mundo de los fenómenos, exterior e interior: los describe, analiza, determina sus leyes y luego los agrupa en una visión teórica en busca de una sustitución de la unidad de la realidad, que a ella escapa. Seguido porque la ciencia en **oposición** a la filosofía no se ocupa del ser o de la realidad en sí misma; sus pretensiones son **más** modestas: **sólo** se ocupa de los datos o fenómenos empíricos, que procura esclarecer y descubrir ¡en sus leyes necesarias físicas, químicas, biológicas, instintivas y aún psicológicas del psiquismo no espiritual, para luego intentar encauzarlas y **hacerlas** servir al bien del hombre mediante las aplicaciones **técnicas**.*

*Cuando este estudio de lo empírico se realiza con disciplina y método crea en el hombre que lo realiza el hábito de la ciencia. Este enriquecimiento de la inteligencia humana con semejante hábito es cultivo o cultura de aquélla. **Sólo** que lo es en un ámbito restringido o parcial y en un grado determinado dentro de una unidad Jerárquica mucho más amplía y total de la cultura.*

2.- Porque la cultura es el **desarrollo** del ¡hombre en todas las partes o **zonas** de su ser y en todas las direcciones de **su** actividad de un modo **orgánico** o Jerárquico: de su cuerpo, de **su** vida fisiológica o inconsciente, de su vida psíquica o consciente sensitiva y de su vida ¡psíquica o consciente espiritual. El desarrollo o cultivo de estas diferentes actividades del ser humano debe hacerse de acuerdo a **sus** propias exigencias naturales: el desarrollo de su vida fisiológica para que **sirva** a la vida psíquica inferior, dependiente del cuerpo, ésta para que sirva a la vida psíquica espiritual de la inteligencia y de la voluntad libre, y ésta a **su** vez para que logre de **un** modo adecuado y **permanente** su propio objeto: la verdad y el bien honesto o moral, propios del ser espiritual o personal del hombre y, en definitiva, la Verdad y el Bien infinitos de Dios, para el cual **está hecho**.

Tal labor de cultura o desarrollo de todo el ser del hombre en sus múltiples aspectos de una manera armónica y jerárquica y de los mismos seres materiales exteriores para hacerlos servir a su propio bien, en su origen y organización primera es obra del espíritu: de la inteligencia que estructura su plan para lograr el bien propio de cada una de las mencionadas actividades

el hombre dentro del bien supremo o específico del mismo, y de la voluntad libre que se decide a su realización, al empleo de los medios para conseguirlo.

3.- Esta obra de cultura, en que el espíritu impregna de un modo ordenado -guardando la jerarquía de los objetos o fines de cada zona dentro de la unidad del todo- con sus bienes y su realización toda la gama del ser del hombre -también las materiales y del ser exterior- comprende: 1) el cultivo del propio espíritu en su aspecto: a) intelectual y b) volitivo, y 2) el cultivo del cuerpo y de la vida material fisiológica y psíquica y de los objetos materiales circundantes.

Cuando el hombre ha logrado imprimir en la inteligencia los hábitos de las ciencias de algunas de ellas, por lo menos- y ido la filosofía, que la ordena de un modo permanente y fácil a la verdad; y en la voluntad los hábitos o virtudes, que de un modo permanente la ordenan e inclinan al bien; y en su inteligencia práctica -inteligencia interpretada con la voluntad libre- y facultades a ella subordinadas los hábitos para alcanzar también, permanentemente el bien del cuerpo y vida inferior y de los objetos circundantes -belleza y su utilidad- ese hombre está cultivado: posee cultura.

La cultura, pues, se logra con el cultivo habitual o con la consecución de los hábitos: a) de la ciencia y de la filosofía en la inteligencia especulativa -primera dimensión de la cultura-; b) -de las virtudes morales en la voluntad y de la prudencia en la inteligencia práctica, que ordenan de un modo -segunda dimensión permanente a aquella a su bien específico o humano, a Dios; c) de la cultura-; d) y de las virtudes del arte y de la técnica en la inteligencia práctica, que ordenan la actividad humana al bien de las cosas exteriores al propio espíritu tercera dimensión de la cultura.

Mas para que este triple cultivo sea realmente cultura -o humanismo: impregnación espiritual o humana, de todo el hombre y de su mundo circundante se requiere que se realice, de acuerdo a las exigencias de cada zona cultivada; que el hacer, desarrollado o cultivado por la técnica y el arte, se subordine a la actividad espiritual del obrar moral de la voluntad libre; y éste, a su vez a la actividad espiritual del entendimiento especulativo por donde el hombre se posesiona del bien -y en definitiva, del Bien infinito- como Verdad.

4.- Ahora bien, los hábitos de las ciencias no son sino una parte y la inferior de la cultura del entendimiento especulativo. Y como conocimiento culta o cultivado de los fenómenos, está subordinado al conocimiento de la realidad misma, es decir a la Filosofía. Y junto con ésta, en

la vida terrena propia del homo viator -que aún no ha alcanzado su Fin o Bien definitivo- también sujeta a las exigencias prácticas de la vida moral, de la cultura o virtudes éticas.

*La ciencia, pues, no sólo no se opone, sino que ocupa un preciso **lugar** dentro de la unidad jerárquica total de la cultura.*

5. *-Y sin embargo, es verdad que de hecho existe un conflicto entre **la** ciencia y la cultura o, con **más** precisión **entre el** hombre de ciencia y el hombre de cultura.*

*La causa proviene de que el científico muchas veces no posee la cultura en su ámbito total -es decir la verdadera cultura- al menos en un grado mínimo indispensable para poseer **su** desarrollo humano total y **para** saber Ubicar dentro de él, el propio de su ciencia. El cultivo unilateral de una determinada ciencia, la absorción total de la inteligencia humana por ella, hace que el hombre de ciencia crea que todo el saber y, lo que es más grave aún, toda la cultura del hombre se reduzca a ese conocimiento y que ignore y hasta desprecie otros aspectos, incluso superiores, al de la propia ciencia. Así vemos, con frecuencia a hombres de ciencia empírica desconocer y hasta despreciar la metafísica. En tal caso, ese hombre no sólo ha perdido la noción y, la realidad de la cultura, sino aún el aspecto de cultura que implica su ciencia, ha perdido la ubicación jerárquica de **su** saber y, al desorbitarlo, pierde su nota de cultura **propia** y se enfrenta con ésta. Es lo que acontece, por ejemplo,-con la lógica matemática. En sí misma esta disciplina es un aspecto de la cultura, que permite extender cumplidamente los dominios de la lógica tradicional, como un instrumento más perfecto del conocimiento. Pero en mano de los neo-empiristas, que reducen toda la vigencia de la filosofía a este tratamiento lógico-matemático de los objetos empíricos, negándola para los objetos trascendentes a éstos -al ser, a Dios, a la libertad, etc.-, la lógica matemática se desorbita, pierde su auténtico valor de cultura y hasta resulta contra ella.*

*Pero si bien lo analizamos, no es la ciencia la que se opone a la cultura. Son los hombres de ciencia, destituidos de una formación filosófica, es decir de un saber de **cultura** total, los que, al no saber ubicar su propio conocimiento dentro de la unidad total del saber, lo desnaturalizan y lo vuelven ¡contra **los** otros grados del conocimiento y, por consiguiente, contra la cultura.*

*En oposición a ese tipo de científico monstruoso, cultivado como científico, pero no **como** hombre y cristiano, que ignora y desconoce no sólo la cultura intelectual filosófica, **superior** y directora de la suya, sino aún ¡os aspectos de la cultura moral, artística y técnica, está el hombre de cultura, el hombre **armónicamente** cultivado -siquiera en un grado suficiente- en*

todos sus aspectos humanos. intelectual y volitivo, filosófico, científico, moral, artístico y técnico y que, sin tener la especialización del científico, es superior a él y capaz de juzgarlo, cuando éste es para y exclusiva ente científico, porque lo puramente científico no tiene sentido sino desde el hombre como un desarrollo parcial suyo y dentro de la unidad de su total y armónico desarrollo.

La oposición, pues, puede darse y de hecho se da entre la cultura propiamente tal y un cultivo científico desarticulado del hombre, el cual, pese a su propio valor, resulta deformado y contra el propio hombre. En tal conflicto la cultura -que nutre sus raíces en la verdad y el bien supremo ¡del hombre y del cristiano- es quien tiene la última palabra y quien dictamina contra esa actitud seudocientífica.

6.- Ahora bien, el hombre en su situación existencial no sólo es hombre: ha sido elevado a la participación de la misma vida de Dios, a ser hijo de Dios.

Por el pecado original, el hombre perdió esa vida y quedó herido en su propia naturaleza: su inteligencia se oscureció para ver con facilidad la verdad en todo su ámbito necesario para la ordenación de la vida humana, y la voluntad se debilitó para el cumplimiento de la ley natural. El Hijo de Dios con su Encarnación y Redención ha hecho posible al hombre el camino de su rehabilitación en su vida divina perdida junto con la curación de las heridas infligidas por el pecado a su naturaleza.

La cultura, en esta economía sobrenatural -del hombre, debe abarcar a más de sus aspectos humanos mencionados -que tampoco podrían lograrse sin el auxilio de la Gracia sanante de Jesucristo, -dado el estado de naturaleza caída y herida por el pecado- sino que debe extenderse, más allá del humanismo o cultura estrictamente humana al cultivo o desarrollo de su vida -divina, que en el plano intelectual se logra por la cultura de la fe mediante la teología y en el plano de la voluntad por las virtudes sobrenaturales morales y teologales -de la esperanza y de la caridad; y en la, subordinación de toda la actividad técnica y artística a esa vida y virtudes sobrenaturales.

Esta cultura o cultivo sobrenatural de la vida divina del hombre, lejos de oponerse a su cultura humana o humanismo, no hace sino crearle las mejores condiciones para su consecución, al sanar las heridas de su naturaleza y ofrendarle una verdad y un bien logrados de una manera infinitamente superior a la verdad y al bien capaces de ser alcanzados por la inteligencia y la voluntad en un plano puramente natural; verdad y bien, de orden natural y -de

orden sobrenatural perfectamente armonizables en su unidad jerárquica porque tienen un mismo origen en Dios, Autor a la vez de la naturaleza y de la gracia.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi